



Pedro Infante y los héroes nacionales

Francisco Javier Guerrero*

Creímos en alguna ocasión que el aniversario luctuoso de Mario Moreno *Cantinflas* sería conmemorado con tanta emoción, tensión y desenfreno como el de Pedro Infante; cuando ambos actores vivían, su éxito en la taquilla era más o menos paralelo y los dos eran considerados ídolos populares. Pero no ha sido así; el recuerdo del cantante sinaloense ha sido mucho más poderoso que el del cómico de la gabardina.

¿A qué se debe la tenacidad con que la imagen de Pedro Infante se enraíce en tantos sectores del pueblo mexicano? (y al referirnos al "pueblo mexicano" aludimos a todos sus sectores, aunque, evidentemente, es en aquellos que tienen un carácter más popular en donde la figura de Infante tiene más arraigo. Y, por el contrario, en algunos grupos de clase alta se concebía al intérprete de *Tizoc* como alguien que sólo gustaba a las "gatas"). Un individuo, no me acuerdo quién, declaró que "*todos los mexicanos tenemos algo de Pedro Infante*" y, al comentar este aserto, una dama opinó que "*todas las mexicanas queremos algo de Pedro Infante*". Y, aunque parezca extraño, Pedro era apreciado porque representaba al "charro llorón", y este calificativo lo mereció al ser comparado con el famoso "charro cantor" Jorge Negrete, por cierto un cantante muy superior a Infante y de mayor apostura que éste. Sin embargo, cuando Negrete

llega a alcanzar la cúspide del éxito, casi al mismo tiempo empieza a decaer.

Ya al principio de los cincuenta del siglo pasado, México tiene grandes transformaciones, va perdiendo su carácter predominantemente rural y supuestamente bucólico, se urbaniza e industrializa a grandes pasos, va cayendo en el frenesí de la modernización y oleadas de migrantes se trasladan del campo a la ciudad, mientras que el éxodo a los Estados Unidos empieza a adquirir su carácter masivo. ¿Y quién era Jorge Negrete en ese marco? Era alguien *demodée*, en parte anacrónico, un remanente del porfirismo. Negrete, blanco y alzado, activo y arrogante, parecía el prototipo de un hacen-



Mojonera en Tlacuiloltepec, situada al norte de Tlapa. Códice Azoyú 1, reverso, folio 1, I (tomado de Vega, 1991)

*El maestro Francisco Javier Guerrero es investigador de la Dirección de Etnología y Antropología Social del INAH

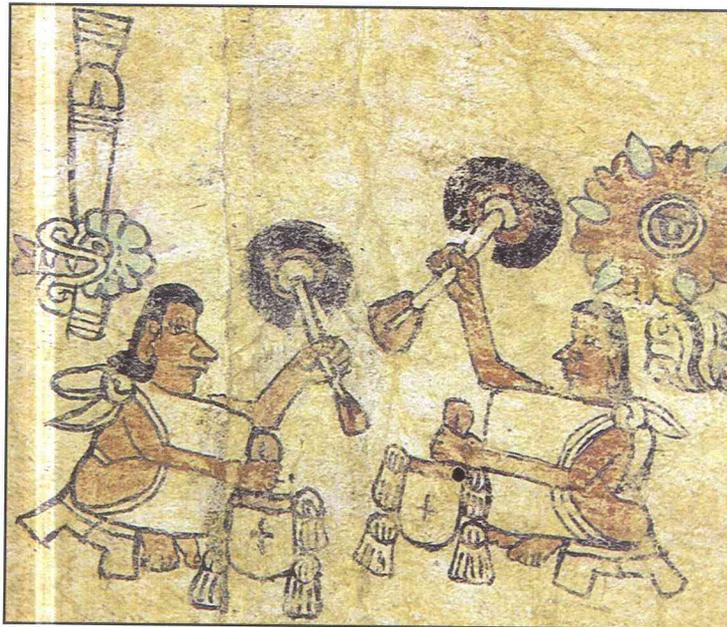
dado criollo heredero de los bienes y de la mano de obra de sus ascendientes iberos asentados en algún lado de Jalisco o de Guanajuato. En contraste, además, Infante era un mexicano humanizado; en Jorge Negrete tenemos una presencia protuberante del machismo, de una hombría que no tiene reposo; era prototipo del macho hasta cuando dormía profundamente, y era por ello ajeno a una época de avance de un conjunto de movimientos sociales, entre ellos los feministas, y que, aunque todavía elementalmente, iban marcando con sus huellas a la primera mitad del siglo XX.

Pedro Infante, por el contrario, era "machín", pero a veces ponía en letargo a su machismo; no vacilaba en sollozar por la pérdida de una mujer y lo hacía utilizando un sinfín de bebidas embriagantes (en lo que llaman "vida real" era un individuo atlético y casi abstemio); mostraba un cariño especial por los viejos y los niños (y casi nadie se olvida de su relación con Sara García en *Los Tres García* o sus vínculos sentimentales con Chachita en *Nosotros los Pobres* o con La Tucita en *Los Tres Huastecos*) y, a diferencia de la solemnidad de Negrete, poseía una bis cómica notoria que pudo haber desarrollado más plenamente (pero quizá Negrete fue aún más desaprovechado en ese plano; hay que recordar que hace el papel de un ranchero simpático y sencillo en *No basta ser charro*, el cual es confundido con el verdadero Negrete, que es mostrado como altanero y arrogante).

Y en *Dos tipos de cuidado*, Pedro llega a mostrar miedo (frente a Negrete, que hace el papel de un hombre agraviado en su honor). En suma, el personaje cinematográfico de Infante es caleidoscópico, complejo, lleno de matices y facetas, incluso -me parece- mucho más rico que en la vida real. Ciertamente, Infante no era un actor de academia como Lawrence Olivier o Gerard Phillippe. A duras penas entendía algunos de los guiones que le presentaban y por ello le pidió al director de varios de sus más grandes éxitos, Ismael Rodríguez, que le guiara y le dijera "lo que tenía que hacer". Efectivamente, ganó premios por varias de sus actuaciones. Sin embargo, cabe hacer notar que Infante no era muy prolijo en gestos, movimientos y ademanes, y tampoco se preocupaba mucho por estudiar arte dramático; en 61 películas su inventario de papeles no es muy variado.

Y es muy difícil imaginarse a Pedro haciendo el rol del cobarde e insidioso Yago en *Otelo* o el papel del Dr. Lecter. Es verdad, por ejemplo, que ganó un premio internacional (en Berlín) por su interpretación en *Tizoc*. Creo que aquí los premiadores se dejaron llevar por la atracción del exotismo. Pedro, para interpretar al indio *Tizoc*, se puso a imitar a muchos de los individuos que

han creado imágenes estereotipadas de los indígenas (por ejemplo, Régulo y Madaleno, Los Polivoces, etc.). Como aborigen americano resulta poco convincente (y además, muestra una musculatura propia de gimnasio urbano). En su caso, más que encontrarnos con un individuo de grandes capacidades actorales (como Brando o Mastroianni) nos hallamos con una personalidad carismática, con alguien que se "come" al personaje y lo integra a su ser: Pedro Infante es Pepe el Toro y éste es Pedro Infante; incluso cuando interpreta a Juvenantino Rosas lo "infantiza" (infantiliza). En este caso se asemeja a Germán Valdés *Tin Tán*, que dirigido por lo general por malos realizadores, se "comía" la pantalla con sus lenguajes verbales y sus *gags* visuales, superando de lejos a la mayoría de los cómicos mexicanos.



Gobierno dual de los señores Escudo de piedra y Caña-Lagarto. *Códice Azoyú 1*, anverso, folio 13 (tomado de Vega, 1991)

Sí, todos los mexicanos tenemos algo de Pedro Infante, pero esta aseveración será cada vez menos rotunda con el tiempo. México es un país pluricultural y cada vez lo va siendo más; es un país de identidades múltiples, de costumbres y hábitos diversos; en el futuro los herederos de Infante coexistirán con herederos de otras tradiciones y héroes culturales. Así, la cultura nacional deviene en un crisol, en una conjunción de ideas, hábitos y predisposiciones disímbolas, en un espacio intercultural en donde se fomente el diálogo y la controversia democrática. Y aún así, cientos de personas seguirán acudiendo a la tumba del intérprete de *Cien años*.